

siendo sus bienes declarados buena presa, y excomulgados y condenados como infames (1). Conradino sucumbió. Entonces el genio duro y cruel de Carlos de Anjou, exasperado por la sublevación de sus súbditos y exaltado por el fanatismo religioso, se manifestó con libertad; los vencidos fueron tratados como criminales; no se contentó el vencedor con la ruina y la muerte de sus víctimas, sino que anduvo rebuscando suplicios para torturarlos (2). Nada puede compararse con estas horribles venganzas, sino las terribles represalias de las Vísperas Sicilianas; los asesinatos mismos son menos espantosos que la muerte jurídica de Conradino. El tribunal que Carlos de Anjou reunió para juzgar cuál de sus jueces era legítimo decidió en favor del acusado: "Conradino no era un criminal, era un prisionero de guerra; ¿puede acriminarse á un hijo porque reclama la herencia de sus mayores?," Una sola voz abogó por la muerte; no necesitaba Carlos de Anjou más que un pretexto, y Conradino fué condenado á perder la vida por medio de la espada. Un grito de horror resonó en toda Europa (3).

El destino trágico de los Hohenstaufen se cumplió. Derramemos una lágrima por el joven héroe, víctima pura que expía las faltas de sus antepasados. Cuando se comparan las brillantes cualidades de Manfredo y Conradino con la fría y cruel figura de su vencedor, hay que preguntar con angustia cómo Carlos de Anjou pudo vencer (4). En la lucha de Manfredo y Carlos de Anjou no hay que ver la lucha de dos individuos, son dos principios los que combaten. Los últimos Hohenstaufen estaban colocados fuera del cristianismo. Manfredo no tenía más sentimiento cristiano que su padre; la opinión pública le acusaba de herejía; se

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 540.

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 571-574.—SAINT-PRIEST, *Historia de la conquista de Nápoles*, t. III, p. 230 y siguientes.

(3) SAINT-PRIEST, t. III, p. 150 y sig.—RAUMER, t. IV, p. 175 y siguientes.—Se ha censurado al papa de haber sido cómplice del verdugo (DE POTTER, *Historia del cristianismo*, t. IV, p. 272). La complicidad no es más que moral. El biógrafo de Clemente IV encuentra el asesinato jurídico de Conradino perfectamente legítimo (MURATORI, *Scip.*, t. III, p. 535).

(4) Un poeta contemporáneo expresa ya este sentimiento de desesperación, el osado trovador Bartolomé Zorgé, que se atrevió, en las prisiones de Génova, á censurar el asesinato jurídico de Conradino y de su amigo el duque de Austria: "Si el mundo se derrumbase, si todo cuanto resplandece quedase en tinieblas, no lo consideraría ya como un desorden, desde que Conradino y el duque Federico han sido muertos tan malamente" (*Historia literaria de Francia*, t. XIX, p. 570).

le vió consultar con los adivinos y astrólogos en víspera de la batalla que debía decidir de su porvenir. El combate de Manfredo y Carlos era el de la incredulidad contra la fe cristiana; para excitar el valor de sus guerreros, les dice el príncipe frances (1): "Heridos de anatema y excomunion, nuestros enemigos combaten bajo las banderas de Satanás, que, por la sentencia de la santa sede, los tiene ya bajo sus garras como vasallos; nosotros, por el contrario, combatimos en nombre de Aquel que ha querido sufrir por nosotros hasta la muerte." "Es de Dios de quien se trata, exclamaba el papa. ¡Espérese su juicio! ¡Y que cada uno acepte ó apruebe lo que le parezca bien!," (2).

La historia no tiene otra cosa que hacer que explicar los designios de Dios, pero sin que esta justificación de la Providencia disculpe los crímenes de los hombres. Hay en el fin trágico de los Hohenstaufen un juicio de Dios. Federico y Manfredo son los libre-pensadores en el trono; y como el tiempo de la filosofía no ha de llegar hasta cinco siglos más tarde, el cristianismo debe aún por largo tiempo presidir los destinos de la humanidad y hacer desaparecer á los que tuvieran el poder de detenerla en su marcha. ¡Desgraciados los hombres que se adelantan á su tiempo! Perecerán, porque les falta el medio que necesitan para vivir; pero esta fatalidad constituye también su incomparable grandeza: los vencidos de hoy serán los héroes del mañana, y su gloria será inmortal. En vano triunfan los papas sobre los cadáveres de los Hohenstaufen: jamás aprovecha al vencedor una victoria ganada á precio de la sangre del inocente. Después de la muerte de Conradino, cree el papa no tener más enemigos, y se encuentra con que comienza su decadencia en el momento mismo en que llega al apogeo de su grandeza. Los papas tienen tantos enemigos como reyes celosos de su libertad existen, y acaban por sucumbir; pero ¿quién triunfa? La causa de los Hohenstaufen, la independencia del Estado. Hé aquí el juicio de Dios sobre la monarquía pontificia.

§ IV.—¿Quién es vencedor?

Federico II se hallaba en Verona en 1245, año en que fué excomulgado por el concilio de Lyon;

(1) SAB. MALASPINA, *Hist. Sicul.*, II, 20; III, 6 (MURATORI, *Scriptor.*, t. VIII, p. 816, 823).—SAINT-PRIEST, t. II, p. 189.

(2) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1263, § 9.

uno de la grandeza italiana le regaló un caballo de pura raza, pero flaco y miserable; y como manifestáran los que le rodeaban su sorpresa, les dijo Federico: "No os admireis; este caballo era en otros tiempos hermoso, fuerte y de gran precio; lo mismo que le sucede al imperio: ha sido potente y glorioso, y hoy el emperador no tiene ninguna autoridad en Italia ni en Alemania," (1). Estas dolorosas palabras de Federico eran una profecía: él fué el último emperador; es cierto que el reino de Alemania continuó llevando el título de imperio romano; pero después de Federico se rompió el nudo que formaban Roma é Italia con la corona de Alemania. La independencia de Italia era la muerte del imperio, que no podía resucitar porque tenía en sí un principio de irremediable debilidad. Durante la larga lucha de los papas y los Hohenstaufen, los príncipes alemanes llegaron á ser soberanos casi independientes; su jefe no tenía más que un título sin poder. El pontificado es el que mata el imperio; le había creado para que sirviera de apoyo á la santa sede; y cuando los emperadores quisieron llegar á ser dueños, intentó dominarlos en virtud de la plenitud de su poder divino; pero encontrando heroica resistencia en una ilustre raza, no pudiendo vencer á los Hohenstaufen, los destruyó y con ellos el imperio.

La historia aplaude la destrucción del imperio porque era una falsa concepción, un legado de la antigüedad. Los pueblos antiguos han ensayado la monarquía universal; Roma los condujo al aniquilamiento y á la muerte. Dios envió á los Bárbaros, no para continuar ó resucitar el imperio romano, sino para destruirle; y envió á Jesucristo para fundar una religión destinada á moralizar á los conquistadores; para llenar esta misión necesitaban sus ministros una acción independiente, y la monarquía universal de los Hohenstaufen hubiera implicado la esclavitud de la Iglesia; con el imperio habría decaído la Iglesia latina como la griega; débil é impotente, hubiera sufrido el yugo de los reyes, mientras que estaba llamada á reinar. Léjos de echar de menos el imperio, demos gracias al papa por haber luchado contra la heroica raza de los Hohenstaufen; por mejor decir, prosternémonos ante Dios, que se sirve hasta de la ambición

(1) *Annal. Mediolan.*, en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 125.

de los hombres para realizar los designios de su impenetrable sabiduría.

Pero qué, ¿no hay más intereses comprometidos en la lucha del sacerdocio y el imperio que la monarquía universal de los emperadores y la independencia de la Iglesia? La Iglesia también aspiraba á la dominación universal bajo otra forma: pretendía tener un derecho de jurisdicción sobre los reyes: "Los emperadores cristianos, dice Gregorio IX, deben someter sus decisiones al papa y á los obispos," (1). Los Hohenstaufen no querían una soberanía que disminuyese la temporal; su causa era, pues, la del Estado, y es sagrada, porque es la expresión de los verdaderos principios que rigen las sociedades humanas: no es la Iglesia, sino el Estado el que es el soberano; la Iglesia, léjos de ser soberana del Estado, le está subordinada; sin embargo, el Estado sucumbió en la persona de los Hohenstaufen, y la Iglesia usurpó su soberanía; sucumbió el Estado porque no había llegado el momento en que podía presidir los destinos de los pueblos. Inocencio III se vió obligado á luchar contra la monarquía por la conservación del orden moral: ¿cómo un poder que tenía necesidad para sí mismo de un freno hubiera podido guiar á los pueblos por el camino del perfeccionamiento? Queriendo los Hohenstaufen sustraer el Estado á la autoridad de la Iglesia, iban más allá de la Edad Media y se anticipaban á sus necesidades; eran hombres modernos que avanzaban más que el catolicismo: en este sentido, el papado tenía derecho de rechazarlos como herejes; sin embargo, la independencia del Estado acabará por vencer; la soberanía pertenece á la humanidad, y después de ella á las naciones; la Iglesia no puede tener ninguna soberanía á su lado ni sobre ella. Por este título, los Hohenstaufen fueron los campeones del porvenir; fueron vencidos, pero su causa triunfará.

Para que triunfe la independencia de los pueblos es preciso que el poder de los papas sea destruido; ellos mismos trabajaron por su ruina, cuando creían trabajar para su grandeza. La lucha contra los Hohenstaufen trajo el principio de su decadencia. Para combatir al emperador no tenían los pontífices romanos más que las armas espirituales y la influencia de la Iglesia, y se vieron obligados

(1) GREGOR., *Registr.*, X, en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 608.

á explotar á la cristiandad; los monjes mendicantes, transformados en exactores del fisco romano, sacaban dinero á clérigos y legos, bajo pena de condenacion eterna (1); y estas exacciones sublevaron á los pueblos en contra del papado, contra el cual se volvían las armas de que abusaba; los papas no eran fuertes más que por la opinion pública, y la opinion pública se desviaba de un poder opresor.

Huyendo Inocencio IV de Federico II, pidió un asilo en Francia. Temiendo los barones que un huésped tan poderoso llegase á ser su señor (2), contestaron que no consentirían que el soberano pontífice se estableciese en el reino; con esta negativa, Inocencio se dirigió al rey de Aragon, que también halló una excusa; entónces el papa se dirigió á Inglaterra, cuyo rey era su vasallo; pero los barones resistieron con fuerza á los deseos del débil Enrique: "Basta ya, decían ellos, que estemos

(1) Entre las quejas del clero frances se lee (*Gravamina Ecclesie gallic.*, en GISELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 56, nota h) en tiempo de Luis IX: «Fratres minorés discurrunt per totum regnum et intolerabiliter gravant Ecclesias multis modis et diversis.» Decían á los clérigos: «Præcipimus vobis ex parte domini Papæ septimam partem omnium ecclesiasticorum proventuum vestrorum, alioquin excommunicamus vos.» Los obispos deben imponer á sus parroquias, siempre bajo pena de excomunion: «Ut subditos suos compellant per penam excommunicationis ad solvendam summam illam.»

(2) M. WESTMINSTER.

infectados de las usuras y simonías de los Romanos, para que además venga el papa también á saquear por sí mismo las iglesias y el reino» (1). Furioso con esta negativa, Inocencio exclamó, en su despecho, que, cuando hubiese aplastado al dragón (el emperador), pisotearía á aquellos reptiles de reyezuelos que se rebelaban contra el vicario de Dios (2). El dragón sucumbió bajo el golpe del papado, pero los reptiles continuaron rebelándose; fortalecidos con el sentimiento nacional, que reivindicaba la independencia y la soberanía, los reyes se emanciparon de la tutela pontificia; la sociedad civil, creciente en moralidad y en inteligencia, rechazó una dominación que amenguaba su individualidad, y el papado sucumbió á su vez bajo el golpe de los reyes. ¿Quién es, pues, el vencedor en la lucha secular del sacerdocio y el imperio? El imperio y el papado han muerto; sólo la causa de la humanidad, que es la de Dios, triunfa; no debe haber papa, ni emperador, ni monarquía universal, espiritual ni temporal, ni tiranía civil ni religiosa, sino naciones é individuos que se desenvuelven libremente en las vías del progreso trazadas por Dios.

(1) M. PARIS, *ad a.* 1246, p. 576.

(2) M. PARIS, *ad a.* 1254, p. 580.

LIBRO TERCERO.

DISOLUCION DE LA UNIDAD DE LA EDAD MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

DECADENCIA DEL IMPERIO.

I.

Los emperadores de Alemania se decían sucesores de los Césares y jefes temporales de la cristiandad. Con este doble título, el imperio contenía el germen de una monarquía universal, que, destruyendo toda vida individual, se opone á los designios de Dios en la creacion; por esto Dios rompe las débiles obras de los hombres que pretenden igualar ó imitar su omnipotencia; los pueblos hubieran perecido bajo las magníficas apariencias de la unidad romana si la Providencia no hubiese enviado á los Bárbaros para regenerarlos; la Providencia también es la que arma al pontificado para detener en su principio la ambición de los emperadores de Alemania. Esto no quiere decir que los Hohenstaufen hayan amenazado á la libertad del mundo tan seriamente como Roma, teniendo contra sí el espíritu de los pueblos germánicos, que empuja invenciblemente á la division, á la separación, al individualismo. Los Hohenstaufen no tenían en su favor más que su genio, y debían fracasar.

En el fondo, el debate no era tanto entre las pretensiones absorbentes del imperio y los derechos de las naciones como entre la Iglesia y el Estado. Los emperadores, que debían ser los defensores de la cristiandad y el apoyo de la santa sede, quisieron ser los dueños. La Iglesia, lejos de someterse al poder temporal, aspiraba, por el contrario, á dominar sobre los reyes; de aquí una inevitable lucha que no podía tener otro resultado que la caída del imperio. Desde Gregorio VII trabajaron en ello los papas sin descanso; en vano protestan de sus buenas intenciones; en vano persiguen el ideal de la unidad fundado en la armonía del pontificado y del imperio; el ideal era falso y la armonía imposible. Si el emperador es el jefe temporal de la cristiandad, debe ser fuerte; si es fuerte, amenaza á la independencia de la santa sede, y es preciso debilitarle; hé aquí por qué Gregorio VII, fundador del pontificado, fué al mismo tiempo destructor del imperio; el poder de los emperadores podía llegar á ser formidable por la herencia; Gregorio apoyó á los príncipes alemanes para hacer electivo el imperio. El ascendiente de